

Entonces me salí de aquella fiesta.

Avancé por una avenida bordeada de luces rojas y verdes. Cuando lucen las rojas, los coches se paran y vuelven a circular con las verdes. ¡Qué encantadoras son las verdes! Mi amigo Diego prefirió las rojas. Es porque él es coleccionista de sellos.

El estruendo de la ciudad era espantoso.

Un borracho me cogió del brazo y con finas reverencias me pidió un cigarrillo. Ya frente a mi hotel pensé mientras me dolía la cabeza: «¡Qué noche tan divertida!»

Me despertó muy tarde la criada que limpiaba mi cuarto. Había soñado con peces exóticos nadando en una pecera de estilo perfecto. ¡Qué bella es la vida! ¡Qué sonrisa más fina la de este siglo de civilización americana!

Y me acerque para poderla observar más de cerca.

Serían las siete de la tarde cuando salí de nuevo a la calle y me fuí a pasear a un parque que hay enfrente de mi casa y que le llaman «de los negros». El cielo se había despejado a trozos y de vez en cuando veía un débil rayo de luz.

Una mujer rubia y un negro se paseaban. Ella era muy bonita. Su cara llameaba como una tortilla al ron. El tenía los labios grandes y era chato, de una belleza brutal. No sé si por el color de su piel, daba la sensación de sucio. Ella trataba de hacer y él le decía que tuviera paciencia y le argumentaba con sus grandes manazas de mono.

El viento del parque, a veces, levantaba sus faldas y se llevaba el sonido de sus quejas y súplicas hasta muy lejos de sus ojos entornados. «Señores, daban ganas de decirles, no discutan tanto por éso».

¡Ah, qué maravillosa es la vida en América! ¡Qué tranquila! ¡Qué ausencia de palabrotas! Por todo aquello se habían librado tremendas batallas contra los indios. ¡Cómo correrían por aquí los pieles-rojas, cómo silbarían sus flechas!

Había diversos paseantes por el parque. A la vista de todos, las parejas se besaban y yo pasaba como quien no quiere la cosa. Nadie protestaba a estas horas en que el sol se ponía. Pero se echaba de menos un guarda alto y rígido, con voz de gañán y garrota de hierro, que pusiese orden en todo y multas por nada, como los que yo había visto en España.

Un poco más lejos se estaba celebrando un concierto y sus ruidos se confundían con las sirenas de bomberos, ambulancias y policía que no dejan de sonar en todo el día. El templete de los músicos era grande como un fantasma sobre grandes columnas. Los músicos soplaban notas muy modernas en sus instrumentos. Atravesé dos o tres filas de auditores y me encontré rodeado de «misteres» que, de pie, bebían coca-cola y fumaban mientras escuchaban. En los árboles, había ardillas. Si a uno le gusta la música, aquí están los mejores conciertos. Los mejores museos también están aquí.

Antonio GUIJARRO.